

Ya de vez

Agapito Modroño Alonso

Desde la cuesta de Gebres, pasada la divisoria de provincias, diviso por fin las torres, el silo y la “puerta villa”. ¡Sí!, es mi pueblo. Ahora, cuando baje del autocar, al acercarme a casa, Felicitas, “la Botera” y la *señá* Lucía, “la Herradora”, me dirán: “¡Eh, chacho!, ¿Ya vienes de vez?”, a lo que les contestaré, sí, ya vengo para quedarme.

Quedarme en el pueblo en que nació, en la casa de adobe y tapial de mis padres; aunque la hemos remozado un poco: caravista en la fachada, cambio de algunos tabiques y montar el cuarto de baño. Muebles hemos ido trayendo los que allí no servían. A ellos como a mí, trastes viejos, nadie los quiere.

Quedarme en el pueblo de escuela, juegos y trastadas, donde el pan era escaso pero sabroso, en el pueblo de sudores, lágrimas y alegrías, donde descansan mis antepasados y está enterrada mi mujer.

Marché en el 55. Estaba enamorado de Carmela. Éramos novios desde poco antes de ir a la mili. A los dos años de licenciarme estábamos deseando casarnos. Mi padre y mis tíos tenían juntos la poca labranza y la aguardentería¹. Yo era el segundo de hermanos y primos. Si me casaba habría de buscármelas. Para otra casa no daba el negocio. Cada año quemábamos menos, había menos orujo, se estaban ya escepando² los majuelos y se vendían las uvas a los camiones. Para tener que ir a servir a un amo preferí marchar a trabajar a Bilbao.

¹ Tienda donde se vende aguardiente al por menor. (N.E.)

² Expresión popular que indica una de las fases de la poda de las vides consistente en arrancar las guías que brotan de la cepa. (N.E.)

Es verdad que me salió un ajuste (*sic*) de mozo de año en *ca'* Las Gallegas. Me daban doce cargas³ de trigo, garbanzos para el gasto, un carro de paja y otro de leña, pero me di cuenta que llegaban los primeros tractores y dentro de poco íbamos a sobrar muchos.

Además, yo en la escuela era de los más espabilados. Aprendí a leer, escribir y las cuatro reglas. También a cubicar y a medir tierras en yerros⁴ y en cuartas y pensé que de algo me serviría para ascender en la fábrica.

El autocar me deja en la carretera. José me da el aeo⁵ y carga con una de mis maletas. Bandadas de vencejos siguen limpiando el aire de mosquitos.

Aunque María, “la Soberana”, tiene llave de la casa para ventilarla de vez en cuando y vigilar por si la helada revienta alguna tubería, saco mi llave. No la molesto. A estas horas estará ordeñando. Encuerda la campana de las monjas. Creo que ahora dan a un botón para tocar o ponen un disco rallado por el altavoz, pero es el mismo sonido que a las seis de la mañana nos despertaba en la riebla⁶ a las tres después de comer “a la escuela que toca la monja”, la misma que metía prisa a mi madre para ir a misa al convento.

José, con su lenguaje, me cuenta por el camino que va a llevar él la penoneta en la procesión del Corpus, que Neme es un meticón y no le va a dejar. Al llegar a casa acepta los dos euros y se retira prudente. Intuye que prefiero enfrentarme a solas con el sopetón de la entrada al abrir la puerta y reencontrarme con los objetos pero no con las personas.

Entro por la trasera al portalón que separa la vivienda de la cuadra con pajar. La habitación que era de mis padres, da frente a la puerta de esa cuadra. Así, por la noche, oían si el *ganau* trastarbadeaba (*sic*), comían o se enrataban⁷ con el ramal. También si entraban a robarlo. Una mula valía más que una senara⁸ y si se moría caías en manos de prestamistas que te chupaban la sangre.

Con esto de la prosta (*sic*) ya no aguanto más. Tendré que mirarlo. Estas gotas nada me hacen. Lo hago en la cuadra como en el invierno o cuando llovía.

En la viga del cerral⁹ han anidado las palomas y golondrinas en los machones. Vuelan asustadas y casi me dan en la cara. Espitada¹⁰ la vejiga (*sic*), aun-

³ Medida tradicional de capacidad que en unas partes es de cuatro fanegas y en otras de tres. (N.E.).

⁴ Planta que se utiliza para alimentar al ganado. (N.E.).

⁵ Saludo. (N.E.).

⁶ Proceso de preparar la tierra para la siembra. (N.E.).

⁷ Liaban o enmarañaban. (N.E.).

⁸ El autor hace referencia a una porción de terrero que ronda los 3000 ó 5000 m². (N.E.).

⁹ Lomo del tejado de una casa. (N.E.).

¹⁰ Figuradamente, vaciar. (N.E.).

que algo de orrura¹¹ debe quedar dentro, que no deja se “vacee” del todo, empiezo a fijarme en lo que me rodea. Mi padre, como nos fuimos marchando todos, siguió con las mulas hasta que dejó la labranza. Y ahí están todos los arreos *colgaus* de la pared: las cabezadas con antiojeras y cascabeles, los *collerines* con francaletes¹² y sobadas almohadillas; el sillín con una calcomanía borrosa de una artista y las iniciales de mi tío con clavillos; la zufra, la barriguera, la retranca¹³, los tiros de cadena forrados de cuero hasta la tralla. Colgados de los pesebres están los cabezones que estrenaron la Pastora y el Castillo, mula y macho yeguatos¹⁴, que llegaron a los diez y doce dedos (*sic*).

Fueron la mejor pareja de reata del pueblo. Se la compraron mi padre y mis tíos a Vicente, “el pastor”, en el otoño del año malo por mil pesetas. No había habido cosecha y el *ganau* se puso *regalao*. No había ni paja para darles de comer. Cuando llegaron a casa casi no se tenían. Estaban muerticos de hambre. Entonces con lo del aguardiente mi familia marchaba, menos mal. Pudieron comprar unos sacos de *salvaus* y con eso, con orujo *destilau*, con vides de los majuelos y con grama, que cogíamos los muchachos, los fuimos sacando durante el invierno. Vino la primavera del año bueno y les traíamos en la *yegüica* buenas cargas de mielgas¹⁵ y hierba de ojo. Se pusieron como *nansas* y estaban deseando salir de la cuadra *pa’* retozar. Aquella primavera le ofrecieron a mi tío veinte mil pesetas por la pareja. Los domó Máximo Chupalaceite, que había sido carromatero, a la costumbre arriera, pero hasta meter al Castillo en varas y a La Pastora en tiros, ¡menudos cirios por la era!

Los enganchaban a trillar al principio de la trilla, cuando el bálago estaba entero. Poníamos una piedra y nos montábamos dos en el trillo. Máximo sujetado a los ramales y yo agarrado a él. Tenían tal poder que corrían con el trillo como perro con lata al rabo. Acabábamos revolcaos y arrastraos por la trilla, él agarrado a los ramales y yo a sus piernas, rebozaos de paja y muertos de risa. Chupa¹⁶ cuando se salían de la trilla soltaba los ramales y a nosotros y a los vecinos de era nos tocaba andar corriendo entre las parvas *pa’* sujetarlos.

Recurrimos a montarnos cuatro en el trillo cuando el bálago ya iba trillado, porque si no aparvaba. Entonces, cuando ya tenían mucha jabonada, se paraban, reculaban, tiraban coces *pa’* echarnos del trillo y volvían a correr. ¡Qué risas y qué números! Al San Antón siguiente nos sacó el “Tobo” en los refranes. Ya, a base de sujetar uno a cada uno con el acial por el morro, se fue-

¹¹ Suciedad o impureza. (N.E.).

¹² Correa que llevan las caballerías de tiro. (N.E)

¹³ Partes que integran el tiro de la caballería. (N.E).

¹⁴ El autor hace referencia a las crías de asno y yegua. (N.E).

¹⁵ Alfalfa silvestre. (N.E).

¹⁶ Sudada. (N.E).

ron amansando. Después fueron la pareja más noble y tiradora del pueblo. Todos lo decían en las tertulias y a mí, que era muchacho, me llenaba de orgullo.

Compraron mi padre y mis tíos un carromato al carretero de Fuentes, grande, fuerte y ligero a la vez que “cantaba” como ninguno. Las pinazas, los rayos, el buje, el cubo, los aros, hasta los sotroces¹⁷ eran mucho más gruesos que el de los mejores carros de violo¹⁸ de las labranzas grandes.

¡Además!, encima del desojao¹⁹ llevaba sobreteleras²⁰ que enganchaban con el tablero de adelante. Por detrás metían tablas hasta arriba. ¡Qué carraos traían Saturio y mi tío Antonio de Villafáfila...! El Castillo sujetaba como ninguno los emburrones²¹ de las varas a los baches. ¡La Pastora tiraba con alegría haciendo sonar los cascabeles...! Al subir el repecho del corral, ¡cómo se estiraba! Sacaba chispas de las piedras. No necesitaba ramales. Al grito de ¡riiiiiiiiiiii! giraba a la izquierda. Al de ¡boooooooooo! a la derecha.

Se me hace de noche y estoy *embobao* con el recuerdo. El Castillo acabó, lleno de manqueras y mataduras (*sic*), hecho cecina en ca los Periquitos. La Pastora tuvo mejor suerte y amaneció muerta. Todos llorábamos, hasta a mi padre se le derramaron dos lágrimas erosivas que cavaron dos cabenes en la besana de su cara. Los vecinos le daban el pésame. Entre todos la sacaron tirando con una soga. La cargamos en el carro del Calduvero y la llevamos al Barrero, pero no la dejamos al sol para que la comieran los buitres. Le cavamos una fosa. Encima le pusimos una cruz hecha con los dientes de una bielta²² vieja.

Me decido a entrar en casa. Abro las maletas. Hago la cama. María lo tiene todo limpio. No me hacen falta fotos. Veo la imagen de mis padres por todos los rincones. En todos los objetos: en el almirez de encima de la hornaz²³, (aunque en la lumbre de antes hemos puesto una chimenea francesa, de esas encajadas con un cristal de puerta), en el despertador parado con la campanilla muda, en la alacena de la despensa...

Subo los tres escalones del doble sobre la bodega. Eso está igual. Son las mismas maderas renegridas del piso y el techo, la artesa en que mi madre

¹⁷ Las pinazas, los rayos, el buje, el cubo, los aros y los sotroces son piezas de un carro de tira. (N.E.).

¹⁸ También llamados carros de par para dos caballerías. (N.E.).

¹⁹ Caja del carro en la cual se transporta la carga. (N.E.).

²⁰ El término hace referencia a los travesaños de madera con que se enlaza cada lado del pértigo con las tijeras o largueros de la escalera del carro. (N.E.).

²¹ Empujones. (N.E.).

²² Instrumento agrícola utilizado para recoger, cargar y encerrar la paja. (N.E.).

²³ Basal de la chimenea. (N.E.).

amasaba el pan, los varales en los que colgaba uvas y se curaban los chorizos, los costanizos²⁴ en que, una vez al año, vareaba la lana de los colchones después de lavarla; la cantarera, la espetera²⁵, los barreños de amasar las chichas, el arca, los baúles... El alma de mis padres, de mis hermanos, mi niñez, mi juventud está en todas esas cosas. En “el promotor” que leía mi madre en un calendario del 70, en el rosario de cuentas desgastadas... ¡Pero no están ellos! Me invade una sensación de tristeza, de inmensa soledad. María, que ha visto luz, llega con leche ya hervida, magdalenas y fruta.

—¡Si necesitas algo ya sabes donde estamos!

Apunto su teléfono, aunque vive pegando, por si me pasa algo por la noche. Los voy a poner en la mesilla, junto al de mi sobrino y el del Centro Médico, debajo del móvil. Me lo han regalado los hijos para tenerme localizado. Sus números los sé de memoria pero corriendo van a venir si me pasa algo...

La visita de María con las viandas me ha reconfortado el cuerpo y el alma. Resulta que no estoy tan solo. ¿No lo estaba más en el piso cuando mi hija se marchaba? ¡Si los vecinos ni siquiera me saludaban en la escalera! Pongo la radio. Hoy no ha habido atentados en el País Vasco y da lluvias en la cuenca del Duero. Me echo a dormir y sueño que madre me acocha²⁶ en su regazo.

Me despiertan los pardales. Voy a la tienda y a la botica. Me aprovisiono de lo necesario. Hay poca gente en el pueblo. Con alguien me encuentro. Todos me saludan y preguntan:

—¡Qué!, ¿ya de vez? A todos les alegra la respuesta.

Ordeno la casa y organizo mi subsistencia. Desde que se murió Carmela, como la muchacha pequeña estaba estudiando, los demás casados y yo recién jubilado, empecé a encargarme de la casa. Ahora me valgo sin problema. “El buey solo, bien se lame”.

Preparo un ramo con espliego, cardo amarillo y amapolas. Con esto de los herbicidas casi no encuentro. Se lo llevo a Carmela. No es igual que cuando le ponía en la ventana, de mozos, el ramo de Mayo. Le cuento lo de la pequeña. Vino tardía cuando ya los otros eran mocicos. A todos les dimos estudios y están bien colocados. Ésta ha tardado más. Un día me dijo que iba a traer un compañero a vivir con ella en el piso, que eran pareja de hecho. Antes a eso le llamábamos estar amontonados.

Su madre la dejó muy joven. Intenté suplir el cariño que le faltaba y ella se refugiaba en mí. Nos queremos mucho pero es ley de vida. Me presentó al

²⁴ Techumbre de leña sobre la que van las tejas. (N.E).

²⁵ Tabla con ganchos para colgar carne, aves y utensilios de cocina. (N.E).

²⁶ Acurrucar al hijo entre los brazos y la cara. (N.E.).

muchacho y parece bueno. ¡Ojalá se lleven bien! Se echó a llorar cuando le dije que me venía al pueblo. Los otros también decían que me quedara con ellos, pero no quiero ser una carga; así creo que me querrán más. En estas parejas de ahora, si no tienen tiempo para los niños, ¡cómo lo van a tener para los viejos!

Pero no me quejo. Estoy contento de volver para quedarme, de sentir en el rostro el frescor del viento que huele a alfalfa seca y a tierra húmeda, de lavarme con el mismo agua con que mi madre me lavaba, de oír las mismas campanas, majar el ajo a las cigüeñas, silbar a los tordos, arrullar a las tórtolas, maullar por la noche a los gatos en celo. De recrearme con una sugerente, por vieja, trasera de madera, la puerta de una panera o el bocarón²⁷ de un pajar.

Carmela era la muchacha más guapa del pueblo, alta para la época y muy limpia. Estuvo en la escuela de las hermanas hasta los catorce años. Yo había salido unos años antes de la de villa para ayudar a arar al revezo²⁸, más de un golpe me dio la mancera²⁹ en la barbilla al chocar el dental³⁰ con algún morrillo.

Las hermanas enseñaban mucho de escribir, de cuentas, de labores y de virtudes. Las madres en casa completaban la educación. Eran aquellas muchachas muy mujeres de su casa. Su trabajo, su orden, su diligencia eran vitales en aquellas sociedades rurales; igual sabían zurcir que bordar. Tejían jerséis de lana, que hasta habían hilado, si eran pastoras. Remendaban la ropa vieja y componían la de los mayores para los pequeños. Carmela, en Bilbao, hacía la ropa para los niños. Sabían teñir cuando había algún luto, cocinar en la lumbré, echar las cluecas, sacar las polladas, dar el cachetero y desollar conejos, lavar la ropa en el barreñón con la tabla, planchar con la de carbón. En la matanza desurdir, rallar las tripas, derretir las mantecas y sacar los coscarones,³¹ componer las chichas, llenar chorizos y salchichones, curar los jamones, echar en zuza³², meter en manteca...

Carmela, como todas las mujeres de por aquí, iba poco al campo, sólo a coger legumbres, almendras y a vendimiar, a barrer solares en la era y a ayudar en las limpias. Se ponían pañuelos para que el sol no les estropeará la piel. Empecé a fijarme en ella cuando empecé a espigar y a granar. Reventó como capullo de amapola y atraía las miradas de todos en el caño, en el paseo y en

²⁷ Agujero pequeño en los pajares que hace la función de ventana por el que se mete la paja. (N.E.).

²⁸ Modalidad de arada en la que se dispone de un tiro que permite relevar al que trabaja. (N.E.).

²⁹ Pieza que sujeta el labriego con la que dirige y sujeta el arado. (N.E.).

³⁰ Palo donde se encaja la reja del arado. (N.E.).

³¹ Torreznos o partes de la manteca empleados para hacer el bollo típico de coscarón o chicharrón. (N.E.).

³² El autor se refiere a echar en adobo la carne para conservarla. (N.E.).

la iglesia. Yo procuraba ir a dar agua cuando ella iba con el cántaro al cadril³³ y el caldero de la mano al caño de San Pedro. Intercambiamos sonrisas y miradas furtivas. Sus padres no la dejaron entrar en el baile hasta los dieciocho. Así lo hacían las más decentes. Ese día estrenaban todo, el vestido, las medias, la prenda que realzaba su busto, (de esto los muchachos no teníamos ni idea), el carmín y las emociones.

Cuando la vi entrar con las amigas me dio un vuelvo el corazón. Me apresuré en ser el primero en pedirle bailar. Tocaba la orquesta de Los Gelasios “Lirio Azul”.

En aquellos tiempos cuando muchachos y muchachas estábamos separados en la escuela, en los juegos, en la iglesia, cuando vivíamos y vestíamos de formas tan distintas, cuando nos desconocíamos tanto, tener, de golpe y porrazo, tan cerca a un ser tan idealizado era una emoción con nada comparable. Tocar ese cuerpo trémulo, aunque sólo fuera con las manos, mirar esos ojos, ver el rubor, dulce traicionero que delataba el interior de aquellas recatadas muchachas, aquel olor a limpio, aquel perfume delicioso.

Al acabar el baile volvió al corro con las amigas. Los muchachos hacían cola para pedirle baile. A mí no me volvió a tocar hasta pasados cinco. Su madre le había advertido que cumpliera con todos, que no diera caradas³⁴ a ninguno. Yo, que antes de entrar ella en el baile, no perdía pieza, aquella noche no me interesó bailar con ninguna más. Me apoyé en un poste y veía como los patanes le ponían las manazas encima. Me parecía una profanación, como si en misa cogieran el cáliz, sobre todo los que chuleaban por tener más tierras. Ella consolaba mi tristeza mirándome con delicioso mohín.

Aquello fue por la Feria. Desde entonces empecé a hacer méritos para merecerla. Araba más derecho que nadie; tajeaba³⁵ todo lo que el par podía; en las limpias, no dejé que nadie me relevara a la manivela de la aventadora; aprendí a sembrar a dos manos; arriesgué como ninguno en la capea por la fiesta; superé la prueba del organista y empecé a cantar los solos en la novena de la Dolorosa; compré por correspondencia y estrené los primeros vaqueros que entraron en el pueblo; me arremangaba la camisa y mostraba unos brazos y un tórax musculoso; me afeitaba dos veces a la semana y todos los domingos, después de jugar a la pelota, me bañaba en la pozaleta³⁶.

Pasaron muchos domingos. Pasó una Cuaresma y no conseguía que sólo bailara conmigo. Aquel domingo de Pascua ya dio muchos menos bailes. Dejó de ir al corro y bailaba dos y tres seguidos conmigo. Los moscones, cuando vieron que aquello tenía dueño, dejaron de zumbar.

³³ A la cadera. (N.E.)

³⁴ Figuradamente dar calabazas. (N.E.).

³⁵ Cortar en tajos. (N.E.).

³⁶ Pequeña represa en un arroyo. (N.E.).

El salón de los Mantecas estaba lleno a rebosar. En los anfiteatros las casadas no perdían ripio de lo que abajo ocurría, pero la burbuja de la incipiente intimidad compartida nos aislaba del bullicio. Al salir a los soportales llovía a cántaros. Yo había cogido el paraguas por si acaso. Ese fue el pretexto para dejarse acompañar hasta casa. Al llegar a las cuatro calles el reguero venía muy crecido. Nos refugiamos en la portalada de Cossio. Allí le declaré mi amor. Ella, con los ojos en el suelo me respondió: “Yo también te quiero”. Empezó a tocar la queda y salió corriendo por la acera. La pillé cuando estaba a punto de atrochar para cruzar por lo más hondo. Sin que pudiera impedirlo la cogí en gorís³⁷, se agarró a mi cuello y, con el agua por la pantorrilla, deposité tan dulce carga en la otra acera. Ella, roja, me reprochó: ¡Atrevido! Me besó en la mejilla y me dio con la puerta en las narices. Aquel día empezamos a ser novios.

En el camposanto leo las lápidas. A casi todos los conocí. Los hay de mi quinta y más jóvenes. Sobre la tumba de mi abuelo hay una cruz de esas de hierro negro con florituras. Está furrñosa³⁸ y casi no se leen las letras. Con él aprendí lo que era la muerte y con mis hijos lo que es la vida. Sentía mucho dolor por la suya y temor por la mía. Usaba traje de pana y una faja de esas de flecos enrollada a la cintura de la que llevaba colgando el moquero. Fumaba tabaco de cuarterón y hacía los cigarros todo lo gordos que daba de sí el papel. Por eso le llamaban “piporro”. Lo de fumar era todo un ritual: la petaca, el librillo, la mecha en un canuto, la piedra de trillo, el eslabón. El médico le prohibió fumar pero no le compensó la opción prometida de vivir cinco años más. Nos hacía las pelotas para el frontón. Rutiaba el pellejo del gato y las forraba. Nos dimos cuenta que se sentía mal cuando dejó de cazar perdices con reclamo. Regaló la escopeta, el pájaro, la tienda y los cartuchos al Sr. Demetrio, el de la contribución, y dejó de hacernos pelotas. Se murió un día de julio al mediodía. Sentado en la cama, por señas, pidió un cigarro, dio la última calada y exclamó: “Ya está aquí el Mesías”. Y expiró. Me parecía viejo y tenía menos años que tengo yo ahora.

¿Quién no lo piensa? ¿Hay vida después de esta vida? Mi padre decía que tiene que haber. Me gusta mucho leer y recuerdo los versos del vasco ese que vivió en Salamanca, quien se debatió entre la duda y la esperanza: “...y desde el fondo de la noche; Cristo, el Pastor Soberano; con infinitos ojos centelleantes; recuenta las ovejas del rebaño”³⁹. Yo me quedo con la esperanza. Voy a ir a ver al Nazareno. En Bilbao teníamos su cuadro en el saloncito del piso.

³⁷ En brazos. (N.E.).

³⁸ Oxidada. (N.E.).

³⁹ Fragmento de un poema de Miguel de Unamuno titulado “En un cementerio de lugar castellano”. (N.E.).

¡Además!, presiento que pronto voy a salir de dudas. El trigo de mi vida se está poniendo cereño⁴⁰.

Entretanto, saboreo con serenidad lo bueno de cada día, la lectura, las tertulias, la música, la radio, el paseo y sobre todo la amistad con Segundo. ¡Bueno! y mis nieticos que van a venir para el verano.

Segundo, aunque es un poco mayor que yo, es mi amigo de toda la vida. Él me enseñó a pescar ranas y a cazar pájaros con tirachinas y pajarera. Era casi la única carne que comíamos aparte de la de oveja himplada. Me enseñó a distinguir el pardal de la pardala, las ababanjas de los aternillos⁴¹, a recolectar espárragos, a pelar los cardos. Con él iba a la brúa⁴² de bellotas, de titos, de muelas y de garbanzos. Todavía nos quedaba tiempo libre para escalar las torres, para papar⁴³ los saltos de los caballos en la parada y para espiar a las parejas de novios detrás de los rosales en el paseo.

Él prefirió quedarse aquí. Ha leído mucho y sabe de todo. Ha asumido el paso del tiempo con serenidad, dignidad y madurez. Tenía 9 años cuando mataron a su padre que solía ganar la soldada en el verano como segador. El resto del año sacaba a la familia adelante tejiendo esteras y cinchos para el queso y también talegas y cestos. En el año 35 medió ante el amo de la dehesa para que no pagara a los segadores menos eras de las segadas. Eso, un año después, le costó la vida. Segundo, después de aquel verano, tardó varios meses en volver a la escuela y salía a pedir por los pueblos. Cuando volvió hubo de aprenderse de memoria el catecismo. D. José, el maestro anterior, sólo enseñaba los Diez Mandamientos y no todos, por eso lo desterraron. Vino uno nuevo, de los estampillados⁴⁴, que por cojo no estaba en el frente y le preguntó a Segundo. Al llegar al quinto rompió a llorar y el maestro nuevo no le volvió a preguntar.

Yo en la escuela estaba muy bien mirao (*sic*). Mi madre siempre cuando cocía llevaba una torta para el maestro. ¡Además!, al hermano más pequeño de mi padre lo mataron en la guerra. Estaba en Valladolid, voluntario en ferrocarriles, tenía 19 años. Fue de los que tomaron el Alto de los Leones y bajando por el Guadarrama lo acribillaron a balazos. Fue el primer caído del pueblo y el primero en la lista que pusieron en la iglesia. Para mis abuelos ni por

⁴⁰ Del color de la cera. (N.E.).

⁴¹ Tanto las ababanjas como los aternillos son plantas que brotan en primavera y son comestibles. (N.E.).

⁴² Trabajo de campo consistente en vear las bellotas para que caigan de las encinas. (N.E.).

⁴³ Mirar atentamente. (N.E.).

⁴⁴ Marcado durante la Guerra Civil para ser distinguido y recibir un trato especial, en este caso por padecer cojera. (N.E.).

Dios, ni por España. Detrás de él otros veinte, sin contar más de otros tantos del otro bando. Lo trajeron a enterrar al pueblo. Es uno de mis primeros recuerdos. Vino mucha gente con camisa azul y muchos curas al entierro, había muchas banderas y desde entonces no me gustan los entierros con banderas. A mí me pusieron una camisa azul grandona y una gorra colorada para llevar una de las cintas de la caja. La noche que mi tío estaba de cuerpo presente se llenó la casa de mi abuelo. Otros, también amigos, los de alpargatas, temerosos, se quedaban en la calle después de dar el pésame. Dentro se fueron calentando las cabezas y los odios contenidos en años de pobreza, de injusticia, de huelgas, estuvieron aquella noche a punto de estallar. Aparecieron algunas pistolas y alguien propuso hacer una “limpieza”.

Mi abuelo, aguadentero y labradorcito de tierras en colonia y de vietas⁴⁵ en el raso, pero fundador del Sindicato Agrario Católico, se plantó: “Aquí no se mata a nadie. Con la sangre de mi hijo ya hay bastante”.

En días inmediatos no pudo evitar los viajes a la cárcel y al cementerio de Zamora. Unos cuantos del pueblo se reunían por las noches en una casa de la calle Zarandona para redactar las listas negras. Segundo sabe quiénes eran. Viven hijos, sobrinos hermanos, pero los ha perdonado, aunque para no olvidar vamos a hacer la lista de los fusilados.

Segundo es mi confidente y mi consuelo. No quiero perderlo.

En el pueblo queda poca gente. Hay pocos niños, muchos viejos y solterones de toda la vida y los que se van incorporando a esa condición. La mayoría eran unos *pasmaos* de jóvenes y no se atrevían a estar con ninguna y después se picaron a los putis⁴⁶. Mientras viven y se valen de las madres no les va mal del todo, pero se van quedando solos y los veo tristes. Ahora, al envejecer y verse con las manos vacías de afectos, sin hijos, sin nietos, empiezan a pagar su egoísmo comodón, la vaciedad del placer comprado. No les cambio mi intimidad con Carmela y la alegría de los hijos por todas sus idas a La Muralla⁴⁷.

¡Cuánto la echo de menos...! Sobre todo cuando vuelvo a casa por las noches, se me sueltan dos lágrimas que me limpio a la manga de la camisa, como de joven. ¡Con lo que ella suspiraba por volver al pueblo...! Trabajo me costó convencerla para ir a Bilbao! Aceptó cuando le vine hablando del mar, de los cines, de los autobuses y del agua corriente. ¡Cuánto disfrutaríamos ahora juntos...!

Ahora, al volver, también me he hecho muy amigo de Antonio, el de la Negra. También él emigró en la desbandada de los sesenta, cuando tuvo que

⁴⁵ Arada. (N.E.).

⁴⁶ Abreviatura de “puticlub”, esto es, club de alterne o prostíbulo. (N.E.).

⁴⁷ Zona de la ciudad de Zamora donde se concentraban los prostíbulos y clubs de alterne. (N.E.).

cerrarse el baile porque no quedaron mozos en el pueblo. Coincide que a él le colocó, como a mí, un vasco de la misma cuadrilla de cazadores que, de toda la vida, venían a cazar por estos pagos. Aparecían en la plaza con sus grandes coches negros, sus perros y sus escopetas. Era casi una fiesta en el pueblo. Ya tenían preparada casa donde dormir, sábanas limpias, mantel nuevo y mesa abundante.

Llevaban con ellos de ojeo a los que más sabían de vientos y de careos. Mi padre no solía fallar, ni el de Antonio. Los vascos nos trataban bien y eran bien recibidos. Al terminar la cacería pagaban por un día el jornal de un mes con el que había para comprar una manta y aceite. Algunas muchachas iban de criadas a sus casas.

Mi padre cogió amistad con el dueño de una fábrica y con él me marché yo colocado, acabada la sementera y la mili, para cargar y descargar vagones, barrer la fábrica, traer y llevar *pa'ca* y *pa'lla*. Me quedaba en las horas extras y así aprendí rápido a tornear. Me jubilé de encargado.

A Antonio lo llevó el dueño de un restaurante famoso de Deva, de camarero y friegaplatos. Ascendió a pinche de cocina y se ganó el cariño y la confianza de los dueños, vascos de caserío, que lo admitieron en su casa como a uno más de la familia a los que llamaba “amatxo” y “aita”⁴⁸. Aprendió a ser un buen cocinero. Se casó y siguió ahorrando. Cuando los dueños se hicieron mayores se lo vendieron. Al matrimonio le faltaban cinco millones de a mediados de los setenta, a lo que los dueños les dijeron “Poneos a trabajar que ya los pagáis cuando podáis”.

El negocio funcionaba. La mujer y él trabajaban como perros y las niñas así que salían de la escuela. Antonio aprendió a decir: “egunon”, “arratsalde on”, “gabón”, “kaixo”⁴⁹. Aprendió lo que significaba “txikito de gorria” y de “zuria”⁵⁰ y a poner otra ronda cuando le decían “beste bai”. Evitaba la ostentación, pero empezó a recibir cartas selladas con el hacha y la serpiente y empezó a pagar⁵¹. Las chicas se hicieron mozas. Su mujer falleció prematuramente. Con todo, él se amurrió.

Un día mataron a un guardia civil, un muchacho de Sanabria. Todo su delito era haber nacido en un tierra pobre, como la nuestra. Antonio pensó: “Con mi dinero han comprado las parabellum⁵²...”. Y no lo superó por lo que

⁴⁸ En euskera, literalmente “mamá” y “padre”. (N.E.).

⁴⁹ “Buenos días”, “buenas tardes”, “buenas noches”, “hola”, respectivamente, en euskera. (N.E.).

⁵⁰ Respectivamente, vasos de vino tinto y de blanco. (N.E.).

⁵¹ El autor alude al escudo del grupo terrorista ETA y a sus cartas de extorsión. (N.E.).

⁵² Munición de 9 mm inventada por George Luger, uno de los calibres más utilizados en Occidente. (N.E.).

dejó el negocio a las muchachas y echó el hato *pa 'ca*. Tiene nueva casa y compañera. Los ha casado, por la Iglesia, un cura amigo suyo en secreto para no perder las pensiones pues quieren estar a bien con Dios.

Charlamos de aquella tierra. A nosotros, hijos de la estepa, ¡cómo nos gustaba su verdor y sus costumbres! ¡Cómo la vimos y la hicimos crecer y prosperar! ¡Qué buena mano de obra fuimos los labriegos castellanos!

Trenes repletos de etorkinas⁵³. Entre brumas y humos coincidíamos muchos paisanos camino de los tajos⁵⁴ en distintos amaneceres. Los vascos nos admitieron bien y nos fuimos integrando. Mis nietos se llaman Odei, Aitor y Ainhoa. Hemos dejado allí lo mejor de nuestra vida y nuestra sangre. ¿Podrán nuestros hijos seguir viviendo en paz en aquella tierra?

Segundo, Antonio y yo, muchas tardes, ahora en el tiempo alto, compramos una lata de escabeche, la aliñamos con pimiento, cebolla y aceite y vamos, dando un paseo, a comerlo a la bodega con un cacho de pan y un trago de vino. No echamos de menos aquello. Antonio ya lleva aquí tres años y sólo ha vuelto el otro día al funeral de su “amatxo”, en el caserío.

La verdad es que no me aburro. Ahora, por la fresca, me he metido a limpiar el corral. Como no hay muladar, ni gallinas que lo escarben, ni mulas que se revuelquen, ni marranos que lo hocen⁵⁵, se ha puesto como un bosque de tobas⁵⁶, de cardos burrales, de gamaza, de ajenijos⁵⁷... A base de guadaña y purridera⁵⁸ lo estoy dejando limpio. También voy a limpiar los cubiertos y las herramientas que quedan: los arrees en la cuadra; en la panera, colgados, están la hemina, el cuartal⁵⁹, los costales con las iniciales de mi padre, las zarandas, una pala de madera y el palo de enrasar, medio deshechas una escoba de ajugera y otra de abaleo⁶⁰. Tendré que atar una nueva para barrer el corral.

El carro, la agavilladora⁶¹ y la aventadora los vendió mi padre a uno de la tierra. En el cabañal quedaron los armajes⁶² de acarrear y los de la paja con

⁵³ En euskera, etorkinak significa inmigrantes. (N.E.).

⁵⁴ Trabajos, labores. (N.E.).

⁵⁵ Mover y levantar la tierra con el hocico los cerdos. (N.E.).

⁵⁶ Cardos. (N.E.).

⁵⁷ Ambas gamaza y ajenijos son una especie de malas hierbas en las tierras de cultivo. (N.E.).

⁵⁸ Horca, generalmente con cinco dientes, para mover el estiércol y similares. (N.E.).

⁵⁹ Medidas para áridos (cereal). (N.E.).

⁶⁰ Matorrales de hojas duras y espinosas con que se hacen las escobas. (N.E.).

⁶¹ Máquina movida por tracción animal o mecánica que siega las mieses y forma las gavillas. (N.E.).

⁶² El autor se refiere a unos palos que colocados en el carro servían para sujetar la malla o red que se ponía para cargarlos bien de paja. (N.E.).

sus redes; la purridera del abono y la de purrir⁶³ que yo utilizaba en el acarreo y de cada purriderada levantaba una gavilla de la morena. Mi padre era el componedor. No se le caía una espiga y eso que a veces metía una barda de dos filas.

En el doble aún están los faroles de la cuadra, los del cementerio que llevaba yo con mi abuela el Día de los Difuntos a la sepultura del hijo que le mataron en la guerra y el de alumbrar al Cristo en Semana Santa, también hay un escriño⁶⁴ con su tapa y una troje⁶⁵ reventada. No sé donde encontraré un barril de los del vino, hecho, como el escriño y la troje, con paja de centeno y mimbre fina cortada, revestido, por dentro de pez. Todavía quedan muchos más cacharros de barro, hierro y hojalata tales como cántaros, botijos, barrenones, asaderas, cazuelas, pucheros, moldes para las margaritas, el molinillo del café, flaneras, potas de porcelana, el pote de la lumbre, la cinta del hogar, trébedes, sartenes de patas, las tenazas, el fuelle, un candil, un serillo⁶⁶ y algunas cestas de mimbre. Estoy pensando, con todo, montar un pequeño museo.

Segundo me ha dicho que podíamos ir a los Quince Puentes a cortar espadañas, ponerlas a secar y tejer esteras, que él se acuerda. A mí me gustaba más la mimbre. No sé si quedarán mimbros. Me gustaría tejer un canastillo, de mimbre pelada, como el que usaba mi madre para los hilos, las agujas y el huevo de zurcir, para regalárselo a la nieta mayor pero, ¿para qué? ¡Si no saben ni coser un botón!

En todos esos achiperres⁶⁷ está el recuerdo de mi padre. Ayer encontré la azada de pico que utilizaba para alumbrar los vacillares⁶⁸. Cada temporada tenía que aguzarla en la fragua pues con las piedras se ponía roma⁶⁹. En el mango, desgastado, están las huellas de sus manos. Por la mañana, cuando se levantaba, lo primero que hacía era poner lumbre, con unos palicos de manojo, granzones⁷⁰ y estiércol a medio secar. Después untaba en un rebojo de pan tocino sobrante del cocido, lo comía y echaba la parva con un trago de mostosí, frugal tentempié para la batalla diaria. Era incansable en el campo y se pasaba todo el año bregando: alzar, arar, terciar el barbecho; sembrar legumbres; segar, amontonar, acarrear, trillar, aparvar, aventar, envasar, costalear, meter la paja en la recolección; los majuelos, la sementera, el roto y todavía, en el invierno, andar a la piedra *pa'* la carretera. Los domingos

⁶³ Subir al carro las mieses con la purridera o tornadera. (N.E.).

⁶⁴ Cesto confeccionado con paja. (N.E.).

⁶⁵ Recipiente ancho hecho de paja trenzada, para guardar cosas. (N.E.).

⁶⁶ Especie de capazo. (N.E.).

⁶⁷ Trastos, cacharros. (N.E.).

⁶⁸ El autor se refiere a la acción de cavar alrededor de las vides para recoger el agua de lluvia. (N.E.).

⁶⁹ Obtuso y sin punta. (N.E.).

⁷⁰ Pajas gordas. (N.E.).

jugaba a la pelota. Era maniego⁷¹ y por eso defendía como nadie la raya del medio. Yo le admiraba y sentía orgullo cuando le aplaudían en el frontón. Parece que le estoy viendo correr, sudar, pegar esos machetes⁷² a dos dedos de la falta, aquellos saques a sobaquillo⁷³ alguna vez por detrás de la gente. Llegaba a casa con las manos como botos y desgabanao⁷⁴. Mi madre siempre le echaba la bronca pero le tenía preparada la palangana con agua tibia y sal para que metiera las manos y no se le pasaran. ¡Qué manos! Estaban engarruñadas⁷⁵ del trabajo.

En el buen tiempo, en las noches de ranas y grillos, salíamos a la calle, los niños a jugar y los mayores a tomar el fresco. Mi padre nos llamaba y nos enseñaba el Carro Triunfal, la Osa Mayor, la Polar, las siete cabrillas y el Camino de Santiago. Nos contaba que una noche, por el 34, hubo una gran lluvia de estrellas. La señá Pía, que decían que estaba loca, predijo una tragedia y por eso tuvimos la guerra. Sí me acuerdo del susto horroroso, debió ser en el 47, cuando todo el cielo se puso colorado. Mi padre nos calmó: “Es una aurora boreal”, pero la gente decía que si los americanos habían tirado una bomba atómica, que si era el fin del mundo... Unos iban a la iglesia y otros se escondían en las bodegas.

Cuando escaseaba la comida mi padre decía que no tenía hambre entonces madre le servía primero, pero él retiraba el plato al segundo cucharón.

Cada quince días, andando y en el burro, iba a llevar la patria al hermano segundo que estaba en el seminario de Valderas. Llevaba lo que madre podía juntar como pan de la hornada, un trozo de tocino, dos choricicos y unos huevos. Le metía también un poco de merienda para él en la fiambra. Un día descubrimos que dejaba al seminarista también su merienda y él se arreglaba con unas uvas o unas bellotas que cogía al pasar por el monte del Duque y un cacho de pan.

Cuando venía del campo rebuscábamos en las alforjas y el fardel. Nos traía brunos⁷⁶, acerolas, almendras, una pluma de avutarda o una camisa de culebra. Cuando no encontraba nada, el cuero de los torreznos que nos sabía a gloria con el mendruguito sobrante.

Cuando salgo por la noche al corral, me doy cuenta que yo a mis hijos no les enseñé las estrellas. En Bilbao no hay. Ni corral.

⁷¹ Ambidiestro. (N.E.).

⁷² Golpes de pelota mano con la izquierda. (N.E.).

⁷³ Para un jugador de pelota mano zurdo sería sacar de volea. (N.E.).

⁷⁴ Persona muy cansada después de haber realizado un trabajo muy duro. (N.E.).

⁷⁵ Encogidas. (N.E.).

⁷⁶ Fruto pequeño de color negro que procede de una variedad de ciruelo silvestre con espinas. (N.E.).

Hace unos días han marchado a la residencia de Villorgia, Arístides, el carretero y la mujer. Ella padece alzheimer y no se vale. Han criado no sé cuántos hijos pero todos andan por ahí y no les pueden atender. La residencia es un mal menor. Y todavía, ¡qué vayan los solterones y los que no tienen hijos...! Pero Daría, la del “Argentino”, y Amelia, “la Guadilla”, y Matilde, “la Hornera”, que criaron una rabizada⁷⁷ de hijos... La verdad es que algunos están tan contentos, pero la mayoría tienen una enorme necesidad de cariño. Algunos días cojo la bici y me llevo hasta allí a ver a los del pueblo. Todos tienen alguna pena que contar y la charla es un bálsamo para ellos. Me da pena ver a Pedro, “el Cacharrero” que es poco mayor que yo y hasta hace nada no paraba. Tenía un huerto, estaba arreglando la casa a base de barro para la hija que es periodista de *El País*, se metía en el río a pescar cangrejos... Un cáncer de mama acabó con su mujer. Lo sacaron de su casa, de su pueblo, y está acabadito en dos días. Si ya lo dice el refrán: “Al burro viejo, no lo cambies de pesebre”.

No sé que haré cuando no me valga. ¡Buenas ganas de pensarlo! si lo mismo lo de la prosta (*sic*) me lleva *pa'lante*, pero yo del pueblo no salgo ni atado y menos a esa residencia por muy bien que esté. Además, a los de ese pueblo les tengo asco. ¡Como era el cabeza de partido, siempre fueron unos fanfarrones y unos patosos! Siempre venían en la fiesta a comprometer. No nos parecía mal que torearan a las vacas, pero sí que les dieran palos, las cogieran por el rabo y las tiraran al suelo. Un año, por hacer el ganso, vino la mara⁷⁸ de “Guaricha”, de “Maroma” y todos esos, montaos en un trillo viejo al que habían puesto las ruedas de una limpiadora, por la senda de la granja. Así que llegaron, empezaron a faltarnos y a meterse con las muchachas que tenían fama de ser las más guapas de la comarca. Los fuimos aguantando por no estropear la fiesta. Luego, en bici, llegó la panda de los “toreros”. Hicieron una apuesta. Sacaron del bar una mesa, sillas, vasos de limonada y una baraja. Al salir la vaca, el primero que se levantara pagaba las consumiciones. ¡Bueno!, aquello fue una charlotada. Nunca nos habíamos reído tanto. Las vacas eran alquiladas. Los de Villorgia se encontraban con ellas en todas las capeas, se conocían respectivamente con nombres y apellidos: la de Macaco, la de Trallazo, la de Bombita, la de Perules..., según la que había cogido a cada uno de éstos. Pero llegó un momento que eran las vacas las que habían cogido miedo a los “toreadores” que, si se veían cogidos, las agarraban por los cuernos y las tiraban al suelo.

Empieza la capea, ellos en medio de la plaza, sentaos a la mesa, jugando a las cartas. Cada vaca, al salir, cuando los iba a muzar⁷⁹, los conocía, bufaba

⁷⁷ El autor del relato se refiere a numerosos hijos. (N.E.).

⁷⁸ Pandilla de muchachos. (N.E.).

⁷⁹ Embestir. (N.E.).

y se espantaba. Y ellos, ¡tan chulos...! Hasta que sacaron a la “Costurera”, vieja, astuta, grande y cornalona⁸⁰ y que ¡les tenía unas ganas...! Ellos no la conocieron porque Joaquín la había pintado de almazarrón⁸¹. De salida también se espantó, pero fue pa tomar más carrera. ¡Qué risa! Mesa, sillas, vasos, cartas, toreadores... No quedó títere con cabeza. ¡Qué revolcones! Les llenó de costuras los pantalones, las camisas y el pellejo. Uno, además, no tenía calzoncillos y no sabía como taparse.

Otro año vino otra mara que nos amargó la fiesta. Se pusieron tan patosos que acabaron por ponerse a mear en el baile y ¡eso ya no! Las mujeres se marcharon para casa, la orquesta dejó de tocar. Nos juntamos todos los del pueblo, solteros y casados y les dimos una “manta palos” que todavía se acuerdan.

El otro día ya me tiró una puntada la mandamás de la residencia. Le interesa tener gente útil, para ayudar a poner la mesa e ir a por recetas y a la farmacia. Le dije que prefiero vivir a mi aire. Ya lo hablo con Serapio y con Antonio. Lo malo es cuando uno no se valga. Se nos ha ocurrido una solución. ¡Qué vengan familias jóvenes de hispanos! Muchas veces, en una casa hay dos y tres viejos, matrimonio, hermanos... o si no, nos juntamos dos o tres amigos. Juntamos las pensiones y les pagamos el sueldo. Vivirían en familia con nosotros. La Junta lo podía organizar. Que fuera gente de confianza. Nos cuidarían y les dejaríamos la casa y las tierras. Podrían tener ovejas, por ejemplo, que hay apriscos vacíos y cada vez menos pastores o trabajar ellos en otras cosas. Me gustaría decírselo a los políticos. ¡Hay tantas casas vacías en los pueblos...! ¡A este paso, a la mayoría le quedan pocos años de vida! Lo único “habitado” van a ser los cementerios.

Manola ha tenido un niño. Eso ahora en el pueblo es una noticia. En el año 30 nacimos setenta y tantos. Todos los días estaban repicando las campanas o a bautizo o a gloria sobre todo en otoño e invierno, cuando venían los andancios⁸² de tifus, garrotillo⁸³ o sarampión. El toque de gloria hacía decir: “angélicos al cielo”. Los bautizaban luego para librarlos del Limbo de los niños.

Todos nacíamos aquí y nos atendía el señor Aniceto, el practicante y la verdad es que, ya a partir de la guerra pocos se morían. Segundo, apodado el “Relojero”, nació en el camino de las Tenerías. Su madre se puso de parto respigando⁸⁴ y no le dio tiempo de llegar a casa. Nos criábamos a honda (*sic*). Así de duros hemos salido.

⁸⁰ Se dice del toro o vaca que tiene los cuernos muy grandes. (N.E.).

⁸¹ Óxido de hierro, ocre. (N.E.).

⁸² Ambiente enfermizo en una casa. (N.E.).

⁸³ Nombre antiguo de la difteria. (N.E.).

⁸⁴ El autor se refiere a recoger las espigas del suelo. (N.E.).

Antes el médico vivía en el pueblo, como los maestros y el cura, de manera que le llamabas por la noche si era necesario y estaba de guardia las veinticuatro horas del día. Ya sé que era esclavo, pero la gente no le molestaba sin necesidad y era querido y respetado. Visitaba cada día a los enfermos hasta que se levantaban de la cama. ¡Sólo el consuelo que les daba cuando las medicinas ya no hacían efecto...! Se sentaba en la cama y charlaba un rato pues conocía las naturalezas de cada familia y la falta de medios la suplía con dedicación y afecto.

El bautizo ha sido una fiesta en el pueblo. ¡Más de un año sin un nacimiento! Han tirado cohetes, pero no rebatiña⁸⁵, ahora, los pocos niños no se matan por un caramelo y una perragorda⁸⁶.

La *prosta*, (ya sé que se dice próstata, pero yo, hasta para pensar, utilizo las palabras de aquí; en cambio no se me ha pegado lo de “si serías” por si fueras), me está dando cada vez más guerra. Ya casi no me sale el pis y he orinado un poco de sangre. He ido al Clínico donde me han hecho pruebas y me han preguntado que si tengo familia porque lo mismo me tienen que operar aunque de momento no se lo voy a decir a los hijos ni a Segundo.

He ido a ver al Nazareno y lo he consultado con él. Me ha dicho: “¡Hombre, a lo mejor es benigna y te la pueden quitar con láser...!”. Eso también me lo dijo el médico y que no podré eyacular. ¡Anda que me importa buena cosa lo de eyacular...! que no sé muy bien lo que es pero me lo imagino. En la capilla he estado mucho rato. “el Moreno” me habla con la mirada. ¿A cuántas generaciones habrá mirado este Nazareno....? Me he metido con él en muchas profundidades:

—“¿Por qué siempre te representan con la cruz, o en la cruz y casi nunca resucitado?”

—“¡Hombre! ¿Tú crees que si no hubiera resucitado y dado ánimos a Pedro y compañía, todos aquellos toscos y pobres hombres se hubieran atrevido a marchar por el mundo predicando mi doctrina?”

Se me queda mirando y no hace falta que me recuerde la grandeza del Evangelio. A ningún sindicalista, y los había muy “legales” en los años duros, allí, en el norte, escuché un código ético como los Mandamientos, ni nada tan consolador como las Bienaventuranzas.

En aquel mundo de esclavitud, en aquella humanidad dominada por el Imperio Romano, a un hombre que sólo fuera hombre no se le podía ocurrir aquella doctrina, aquel código de solidaridad, de hermandad, de esperanza.

—“¡Nazareno, creo en ti! ¡Me has consolado!”

⁸⁵ Al terminar el acto religioso en los bautizos el padrino tiraba a los niños del pueblo caramelos, monedas y chucherías. (N.E).

⁸⁶ Antiguamente el equivalente a diez céntimos de peseta. (N.E.).

Ahora es octubre dorado. Los vientos trajeron las primeras lluvias que visieron de verdor las eras, los linderones⁸⁷ y los marañones⁸⁸ de los rastrojos. Las cercerras llenan los atardeceres de bucólicos sonos. Los tractores navegan en el mar de la llanura preñando, con sus enormes sembradoras, las hojas de barriales⁸⁹ y amorosos⁹⁰. Reverdecen las primeras sementeras. Saboreo todo esto.

Mi hija va a venir a atenderme en la operación. Prefiero el Clínico que “Cruces”⁹¹. ¡Además!, traer aquí a Carmela me costó muy caro. Quiero cuando llegue estar para siempre “ya de vez con ella” y con lo caro que cuesta... ¿no me traerían en un tarro? Puedo y espero seguir disfrutando por más tiempo de rieblas, de cosechas, de carámbanos y sementeras. Pero, ¡de todos modos!, digo como mis padres: ¡qué sea lo que Dios quiera!



Iglesia del pueblo.



En la era en agosto de 1954.



Recuerdo de un día grande de 1958.



Foto familiar realizando faenas agrícolas.

⁸⁷ Lindes en cuesta. (N.E.).

⁸⁸ Amontonamiento a lo largo de una línea de heno en un prado. (N.E.).

⁸⁹ Terrenos de arcilla roja. (N.E.).

⁹⁰ Relativo a la tierra fácil de trabajar. (N.E.).

⁹¹ El autor parece referirse al Hospital Universitario Cruces de Bilbao. (N.E.).



Agapito y Carmela con amigos.



Saturno, Serapio y Antonio en 1946.



Cabalgata de Reyes en Villalpando en 1958.



Agapito de paseo con Carmela.



Carmela y una
amigas de paseo.



La matanza.